

ÍNDICE

- 7 *Presentación*
-
- 11 *Introducción*
-
- 23 *Capítulo 1*
LA CANANEA, MODELO DE MUJER CREYENTE PARA LA
COMUNIDAD (Mt 15,21-28)
Inma Eibe Guijarro
-
- 77 *Capítulo 2*
LAS MUJERES COMO PORTADORAS Y CREADORAS DE
LA MEMORIA DE LOS ORÍGENES (Lc 24,1-11)
Ana Unzurrunzaga Hernández
-
- 119 *Capítulo 3*
LIDIA DE TIATIRA, PARADIGMA DE FE Y HOSPITALIDAD
Carme Soto Varela
-
- 165 *Capítulo 4*
UN GESTO DE MUJER COMO INSPIRACIÓN DEL LAVATORIO
DE LOS PIES DE JESÚS (Jn 13,1-20)
Mery Rodríguez Moreno
-
- 199 *Capítulo 5*
EL DESAFÍO DE UNA MISIONERA: LA MUJER SAMARITANA
(Jn 4,1-42)
Estela Aldave Medrano
-
- 253 *Bibliografía general*

PRESENTACIÓN

Uno de los objetivos de la Asociación de Teólogas españolas (ATE) es fomentar el estudio y la investigación teológica entre las mujeres, animar a quienes acaban sus estudios a seguir estudiando e investigando en el campo teológico desde la perspectiva feminista, y ayudar a la publicación de sus trabajos. La colección ALETHEIA, junto con las Jornadas anuales de la Asociación, ofrecen un foro magnífico para ello.

Es un placer presentar e introducir este número de la colección ALETHEIA en el que pueden leerse los trabajos de cinco plumas, cinco voces de mujer, de última generación. Todas ellas son licenciadas en Teología y están en camino de realizar su doctorado. Todas ellas, excepto Carme Soto, es la primera vez que publican sus trabajos en la colección ALETHEIA. Nos ofrecen aquí sus trabajos de investigación, realizados con sensibilidades, posiciones y miradas diversas pero con muchos aspectos en común: el interés por la problemática de género y la convicción de que es necesario contextualizar el texto en su mundo cultural para poder acceder a su significado entonces y para el hoy. Todas ellas muestran un gran amor por la Biblia y la Teología, demostrado ampliamente en la ca-

pacidad de superar barreras y dificultades que encontraron a lo largo de sus años de estudio. Esfuerzo, ilusión y tesón son los ingredientes que les han permitido llegar hasta aquí y que les impulsa para pensar en continuar su trabajo teológico, cualquiera que sea el ámbito donde puedan ofrecer y utilizar su saber.

Carmen Bernabé Ubieta
Bilbao, septiembre de 2010

AUTORAS

Estela Aldave Medrano (Vitoria)

Diplomada en Trabajo social y licenciada en la especialidad bíblica por la Universidad de Deusto (Bilbao). Es religiosa de la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas. Ha publicado «La sanación del leproso samaritano a la luz de los conflictos étnicos», *Estudios Bíblicos* 2010. Da clases en el Instituto de Ciencias Religiosas a Distancia (ISCRD) San Agustín (Zaragoza). Participa en la confección de las notas exegéticas de la hoja «Eucaristía».

Inma Eibe Guijarro (San Fernando, Cádiz)

Hizo la licenciatura en la especialidad bíblica en Comillas (Madrid). Trabaja como enfermera en un Centro de Día para mayores en el barrio de Pan Bendito (Madrid) y vive en un colegio mayor, donde es la coordinadora de pastoral. Es Carmelita de la Caridad Vedruna. Pertenece al grupo musical «Aim Karem». Está muy vinculada a la Pastoral de Jóvenes, tema sobre el que publicó un cuaderno de reflexión (CONFER): «“Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?” (Is 43, 19a). La Vida Religiosa en diálogo con los jóvenes».

Mery Betty Rodríguez Moreno (Bogotá, Colombia)

Estudió en la Universidad Javeriana de Bogotá e hizo su licenciatura en especialidad bíblica en la Universidad de Deusto (Bilbao). Es laica. Trabajó como voluntaria, junto a las hermanas vicentinas, con personas sin hogar que habitan en la calle. Y desde esa experiencia hizo el trabajo final del Bachiller en Teología que llevó por título «Jóvenes habitantes en la calle, como lugar teológico. La experiencia de Dios en los habitantes de la calle». Trabajó en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana y en el Instituto Internacional de Teología a Distancia (IITD), dando clases de introducción a los temas bíblicos.

Carme Soto Varela (Vigo)

Licenciada en Historia contemporánea y licenciada en Teología, en la especialidad de Biblia por la Universidad Comillas (Madrid). Perteneció a la Congregación de las Siervas de San José. Antes de trasladarse a Madrid fue profesora en la Facultad de Educación de la Universidad de León y en el Instituto de Ciencias Religiosas «San Froilán» de la misma ciudad. Ha sido miembro y Secretaria de la Junta directiva de la Asociación de Teólogas Españolas durante seis años. Forma parte del Consejo de redacción de las revistas *Encrucillada* y *Reseña Bíblica*. Tiene varias colaboraciones en otros números de la colección ALETHEIA (*He visto al que me ve* – número que ella coordinó–; *Mujeres con autoridad en la Iglesia primitiva*).

Ana Unzurrunzaga Hernández (Bilbao)

Estudió Magisterio y Pedagogía. Es licenciada en Teología, en la especialidad de Biblia por la Universidad de Deusto (Bilbao). Es Carmelita de la Caridad Vedruna. Da clases de Religión y de Filosofía en la ESO y en Bachiller en el colegio Nuestra Señora del Carmen (Bilbao). Es delegada de Pastoral de las Carmelitas de la Caridad Vedruna de la Provincia de Vitoria.

INTRODUCCIÓN

Todo el mundo tiene una identidad personal y otra social. La primera, la identidad personal, surge de las características idiosincráticas personales. La segunda, la identidad social, se refiere a la concepción que cada persona tiene de sí (como parte de un conjunto mayor) y que procede de la pertenencia a un grupo. Comprende tres aspectos: el aspecto cognitivo, que hace referencia al conocimiento de lo que supone pertenecer a ese grupo; el aspecto valorativo, o el valor que se le atribuye a pertenecer a él, y el aspecto emocional, que alude a la dimensión afectiva que suscita tal pertenencia y que hace decir, con más o menos orgullo o dolor, «nosotros/as los/as cristianos/as», «nosotros/as los/as profesores/as», «nosotras las mujeres». En este libro nos interesa la identidad que surge del hecho de ser parte de un grupo que se caracteriza por creer en Jesucristo. Cómo se fue creando esta identidad propia en aquellas primeras comunidades de los orígenes, algunos de sus rasgos definitorios, el proceso seguido para inculcarlos, si las mujeres tuvieron algún papel en ese proceso y si éste estuvo marcado por el género.

Identidad y pertenencia son dos conceptos estrechamente relacionados. El sentimiento de sentirse ligado a alguien o a algo, que se reconoce como propio y determinante para la propia existencia y definición, es un elemento esencial de la identidad tanto individual como grupal. El sentido de pertenencia sin embargo es algo complejo, pues, aunque no siempre se cae en la cuenta de ello, las identidades suelen ser múltiples, y a veces problemáticas entre sí, lo que hace a la identidad un fenómeno complejo que puede generar problemas. La pertenencia puede ser valorada positiva o negativamente y vivirse de forma conflictiva o satisfactoria según sea el resultado de la comparación con otros grupos, o de la posición crítica que algún subgrupo tenga respecto a lo que el grupo dominante considera determinante como definitorio de la identidad grupal.

Si la sociedad donde vive la persona es muy colectivista, como solían serlo las sociedades antiguas, su identidad social tenderá a invadir su identidad personal, que quedará definida casi exclusivamente por aquélla. ¿Cómo se nos dice quiénes somos, qué medios se emplean para decirnos cómo debemos ser para pertenecer a ese grupo? ¿Tienen en ello algún papel ciertas figuras relevantes del pasado o del presente?

La psicología social, mediante la teoría de la identidad social que desarrollaron H. Tajfel y J. Turner, en la década de 1970-1980, trata de averiguar los modos por los que aquellos que pertenecen a un grupo buscan una identidad social positiva, es decir, diferenciar su grupo de los demás de forma positiva, aunque no siempre todos los miembros del grupo estén de acuerdo en la forma de hacerlo.

Si lo aplicamos al cristianismo primitivo nos estaremos refiriendo a la forma en la que los primeros seguidores de Jesús proponían una manera de pertenencia valiosa y una identidad positiva a quienes entraban a formar parte del grupo. ¿Tuvieron las mujeres de aquellos primeros momentos algún papel en esa propuesta de identidad que configuró el cristianismo? ¿De qué forma?

La identidad comunitaria cristiana

¿Qué significaba ser seguidor de Jesús? ¿Qué suponía ser cristiano? ¿Qué definía y diferenciaba a los cristianos del resto de grupos: sus características, sus valores, sus comportamientos? ¿Había algún elemento característico que definiera la identidad de una mujer cristiana en cuanto mujer?

Estamos ante el problema de la identidad grupal. Se trata de un problema que surgió al comienzo del cristianismo pero que se sigue dando en todas las épocas, porque una vez definidas las características identitarias hay que aplicarlas y vivirlas en cada época.

Las comunidades para las que fueron escritos los evangelios hubieron de afrontar, entre otros problemas, el de la identidad. ¿Quiénes eran ellos? ¿Qué era lo que les definía como grupo y les hacía diferentes del resto de los otros grupos y personas entre las que vivían? Al principio, el problema de la identidad comunitaria fue crucial. En los evangelios de Mateo y Juan es posible detectar la gravedad de este problema. Son prominentes las controversias identitarias con aquellos que parecen haber pretendido encarnar la identidad judía en mayor grado o de forma más pura que quienes confesaban a Jesús como el Cristo y el Hijo. La denominación «nazarenos» que recibieron en suelo palestino, y la de «cristianos» con que fueron denominados fuera de allí, son etiquetas que pretenden recoger en un nombre lo más característico de su identidad ante los ojos de los de fuera. Una identidad que les diferencia, en primer lugar, del resto de judíos. Con el primer apelativo se les identificaba y diferenciaba por ser seguidores del de Nazaret; en el segundo, por ser seguidores del Cristo, Jesús confesado como el Mesías esperado. Esto suponía que la identidad grupal, la identidad comunitaria, estaba estrechamente relacionada con Jesús de Nazaret, con su praxis y su enseñanza. Es decir, que los valores, las actitudes y los comportamientos aceptables que configuraban la identidad grupal, y por tanto la pertenencia de sus miembros, estaban estrechamente ligados a la persona de Jesús de Nazaret y a su vida.

El problema era su actualización en las diversas situaciones históricas y culturales. Y eso sucedió cuando se extendieron por las ciudades de la cuenca mediterránea donde de nuevo surgió el problema de la identidad: ¿Qué era lo sustancial en su identidad cristiana y cómo vivirla en aquellas nuevas situaciones en las que habían de vivir los cristianos? ¿Qué suponía su pertenencia al grupo de seguidores de Jesús? ¿Cuáles eran sus rasgos identitarios diferenciales respecto a los demás habitantes del Imperio? ¿Había rasgos definidos según el género en aquella primera definición de la identidad cristiana? Un texto temprano, como es la *Carta a Diogneto* (siglo II), nos permite ver planteado este problema:

«Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás seres humanos ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque no habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás... habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. Se casan como todos y como todos engendran pero no exponen a sus hijos. Ponen mesa en común pero no lecho..., los vituperan y ellos bendicen. Se los injurian y ellos dan honra» (*Carta a Diogneto V*).

¿Qué era, entonces, lo que les daba la identidad distintiva, el sentido del «nosotros»? A la hora de establecer esa identidad distintiva son muy importantes lo que Ph. Esler llama «los descriptores de identidad», entre los que se encontraban los valores que definían las actitudes y los comportamientos considerados aceptables o no para los miembros del grupo de seguidores de Jesús; aunque un poco restrictivamente, se podría hablar de las normas que obligaban a aquellos que querían pertenecer al «nosotros», sabiendo que éstas sólo son una parte de un todo mayor que ayuda a perfilar la identidad de un grupo.

Los orígenes y su memoria como elemento esencial de la identidad personal y social

La identidad de un grupo, como hemos visto, tiene mucho que ver con sus creencias, objetivos e ideología. La identidad personal tiene que ver con la pertenencia a diferentes grupos (voluntarios o dados como la familia) que socializan a la persona en la identidad grupal. Cuanto más colectivista y menos individualista sea la sociedad más influirán los componentes mencionados (creencias, objetivos e ideología) que configuran la identidad grupal. Si la sociedad es más individualista, la persona puede optar por distanciarse de la identidad grupal dada y adquirir otra identidad.

Pero la vida social y la identidad que se deriva de ella no son algo estático. Los miembros de un grupo tienen conciencia de que se trata de una realidad que se extiende a lo largo del tiempo. La identidad grupal o colectiva, y también la personal, tienen mucho que ver con los orígenes grupales que presentan cómo y por qué surgió, cuál ha sido el camino que ha ido haciendo, quiénes lo iniciaron y lo siguieron, qué peripecias vivieron, cómo se situaron ante ellas, es decir, que los miembros de un grupo tienen conciencia de que ese grupo es un fenómeno histórico que se extiende en el tiempo, hacia el pasado y hacia el futuro. Por eso, la memoria colectiva, que abarca personas –antepasados– y acontecimientos, es sumamente importante para la identidad grupal.

La memoria y el recuerdo son elementos importantes a la hora de saber de dónde venimos y, por tanto, de saber quiénes somos, tanto en el caso de una persona como en el de un grupo. Recordar es volver a hacer presentes y a tomar en nuestras manos los orígenes y la historia personal o grupal, de forma que, subrayando lo significativo de aquel pasado, se asume, se retoma y se hace de nuevo presente y futuro. Lo que caracterizó al grupo en el pasado –su identidad social pasada– puede hacerse relato de forma que ilumi-

ne el presente y el futuro. Hay acontecimientos y personas del pasado que son considerados de importancia capital para la identidad social del grupo presente; sin embargo, el que lo sean unas u otras depende de los grupos que detentan el poder. Es decir, que la memoria colectiva del grupo puede ser resultado de un consenso o de la imposición de un grupo, manteniendo en la penumbra otras memorias colectivas que supondrían un cambio en la identidad social. Algo de esto ha pasado con las mujeres como grupo, tanto en la tradición cristiana como en la sociedad en general.

Toda adscripción a un grupo supone asumir, de forma más o menos crítica, más o menos conflictiva, una historia, un recorrido, unas ideas, unos valores, una ética, que van configurando la identidad social de los miembros del grupo. Eso significa que el conocimiento del pasado, de los orígenes, es fundamental. La mayoría de las veces estas ideas y valores se transmiten a través de ciertos personajes que son prototípicos, ejemplares, de lo que es ser miembro del grupo en cuestión.

Ser cristiano supone pertenecer consciente y voluntariamente a un grupo que se caracteriza por tener una historia enraizada en un acontecimiento histórico, la vida de Jesús de Nazaret, y en la fe que confesó en él la encarnación de Dios en la historia y en su acción el comienzo intrahistórico de la salvación prometida para el final. La vida de Jesús de Nazaret, su visión de Dios y del hombre, sus valores hermenéuticamente aplicados a cada situación histórica conforman una identidad que se caracteriza como cristiana, es decir, la de un seguidor de Jesucristo.

El recuerdo de los orígenes ha sido, desde siempre, una parte esencial de la actividad cristiana. Los evangelios hacen memoria de Jesús, de su vida, de su actuación y enseñanza como elemento esencial para vivir la identidad cristiana en cuatro momentos y circunstancias históricas convertidas en paradigma del proceso que han de seguir todos aquellos que, a través de los siglos, se identifiquen como cristianos. Pero también se hace memoria de aquellos primeros

cristianos, varones y mujeres (en mucha menor medida), que optaron y siguieron a Jesús, a aquellos que están en los momentos iniciales de la historia de lo que después sería conocido como cristianismo. Aquellos primeros momentos en los que se fueron definiendo los rasgos esenciales y definitorios de la identidad cristiana.

Los cuatro evangelios, como sabemos, no son crónicas periódicas de la vida y ministerio de Jesús; son más bien relatos sobre su vida dirigidos a las personas, varones y mujeres, que formaban parte de cuatro comunidades de seguidores. Estos relatos hacen memoria y recuerdan la vida de Jesús y de aquellos primeros seguidores, y lo hacen de forma significativa para la vida presente de las comunidades; los recuerdos guardados y transmitidos pretenden que el recuerdo de la vida y enseñanza de Jesús les ayude a vivir su propia vida como seguidores del nazareno.

Mujeres como modelos o prototipos comunitarios

En la historia de un grupo, y mucho más en sus orígenes, siempre aparecen figuras prominentes que adquieren la cualidad de modelos con la función de encarnar y enseñar las normas, los valores, los objetivos, los intereses del grupo. Pueden ser personas reales o imaginarias que se convierten en prototipo de la identidad grupal, en prototipo de lo que significa pertenecer al grupo en cuestión. Personajes, normalmente reales, que, por su historia y en su acción, representan la identidad del grupo, sus características específicas. Se trata de lo que la teoría de la identidad social denomina «modelos». Es más fácil ver la identidad grupal plasmada en ciertos personajes que aparecen actuando y comportándose de acuerdo a lo que es propio del grupo. Ellas encarnan la identidad grupal y permiten una identificación que enseña a los miembros posteriores en qué consiste y cómo debe actuar un miembro de dicho grupo. A la vez, estos modelos refuerzan el sentido de identidad compartida y de pertenencia.

Pues bien, esto lo encontramos también en los evangelios. Al hacer memoria, los evangelios presentan unos personajes que muestran lo que significa ser seguidor de Jesús, cómo debe responder y comportarse quien quiera ser seguidor de Jesús, quien quiera ser cristiano. Y se lo muestran a los lectores de los evangelios; en primer lugar a aquellos varones y mujeres de las comunidades a las que iban dirigidos los evangelios y que, socializados muchos de ellos en valores e identidades diferentes, habían de aprender qué significaba pertenecer a aquellos que seguían a Jesús de Nazaret, cómo había que hacerlo. Pero también se lo muestran a todos los que han escuchado y leído los evangelios a lo largo de la historia, también hoy; se lo presentan a quienes aceptan configurar su vida desde esa identidad y a quienes no desean hacerlo.

En ese papel de modelos o prototipos de identidad cristiana, enseñando lo que significa ser discípulos y seguidores del de Nazaret, también aparecen mujeres. Es algo obvio pero suele quedar en penumbra. Mujeres de aquella primera hora, muchas de ellas históricas, otras quizá construidas literariamente desde mujeres reales, con nombres propios para ser mejor presentadas de forma ejemplar. La memoria de los orígenes no ha podido dejar de recordar, a pesar de que existe un movimiento hacia la invisibilización, a aquellas antepasadas que conformaron la historia del grupo cristiano, dándole la identidad que lo caracteriza y lo define como tal y mostrando, a los que mucho tiempo después definirían su identidad desde esa pertenencia, la forma de encarnar la identidad cristiana.

Se puede pensar que las mujeres que aparecen en los evangelios son prototipos propuestos solamente para las mujeres, pero ese hecho sólo se encuentra en el caso del evangelio de Lucas, y en otros escritos que no se estudian en este libro, como son las cartas pastorales. En el resto de los evangelistas, las mujeres son modelo para todos aquellos que se quieren identificar como cristianos, y no parece haber modelos de identidad femenina en cuanto tal. Ellas son prototipos de quien quiera seguir a Jesús de Nazaret, sea mujer o

varón. Aquellas mujeres de los comienzos son recordadas como modelos de discipulado, tanto para varones como para mujeres. En el evangelio de Lucas, sin embargo, encontramos que esos prototipos se convierten en figuras modélicas presentadas de forma diferenciada según la definición de género masculino y femenino usual en su cultura y en su tiempo. Se produce así una reducción del significado prototípico de las figuras modélicas o ejemplares. Las antepasadas dejan de ser relevantes para el grupo como tal, sus acciones dejan de aparecer como decisorias para la configuración de la identidad grupal o pasan a ser modelos sólo femeninos. El artículo de Carme Soto muestra en su trabajo sobre Lidia cómo se produce esta restricción del alcance de la función de prototipo. También aparece esta reducción en el artículo de Ana Unzurrunzaga sobre el papel de las primeras mujeres discípulas en la configuración de la memoria histórica de la comunidad. Sin embargo, esta forma de actuar, tan condicionada por el escenario cultural, no se puede explicar por un determinismo histórico y cultural, pues es posible observar que en el evangelio de Juan se muestran algunas maneras de ser, consideradas «femeninas», que son propuestas de forma contracultural como prototipos de identidad cristiana, asumidas en primer lugar por el mismo Jesús. Es lo que dirá el capítulo de Mery Rodríguez sobre el gesto del lavatorio de los pies y su paralelo de la unción de Betania. Estela Aldave estudia cómo la samaritana es presentada como un modelo de fe y de identidad comunitaria. También en el trabajo de Inma Eibe se analiza cómo Mateo propone a la cananea como un modelo comunitario que muestra a varones y mujeres cómo debe ser el seguimiento de Jesús para cualquier miembro de la comunidad que quiera sentirse y llamarse cristiano.

En este libro se presentan cinco trabajos donde se analizan ejemplos de mujeres como modelos y prototipos de identidad cristiana para las comunidades; es decir, mujeres —muchas de ellas reales— que personalizan y muestran lo que significa ser seguidor de Jesucristo, que dicen a los miembros de las comunida-

des de cada uno de los evangelios, y a todos los que vendrían después de ellos, lo que debían creer, quiénes eran y cómo debían comportarse si querían considerarse cristianos, así como la valoración positiva de semejante identidad.

En el primer capítulo, *La cananea, modelo de mujer creyente para la comunidad*, Inma Eibe estudia, después de hacer una breve presentación de la comunidad mateana como una comunidad en conflicto debido a su composición étnica mixta, la forma en la que es presentada por el evangelista la figura de la mujer cananea. Ella es convertida en modelo de seguimiento para toda la comunidad, aprovechando, precisamente, su especificidad como mujer y extranjera, lo que le convierte en paradigma de persona vulnerable. Ella hace visibles los valores, las actitudes y los retos que deben asumir la fe y el comportamiento de quienes se definen como seguidores de Jesús. Este hecho tiene unas consecuencias comunitarias.

En el segundo capítulo, *Las mujeres como portadoras y creadoras de la memoria de los orígenes (Lc 24,1-11)*, Ana Unzurrunzaga nos hace ver, en un primer momento, la importancia de la memoria y el hecho de recordar para la identidad y la vida de un grupo, en este caso, el grupo de seguidores de Jesús que está en sus inicios. Después nos presenta el papel de las primeras mujeres discípulas en la creación de la memoria comunitaria que queda resumida en el Kerigma, pero nos hace ver cómo el evangelio de Lucas tiende a invisibilizar este hecho y su importancia, cómo la presentación que hace Lucas de las mujeres, como personajes paradigmáticos de la memoria colectiva de la comunidad cristiana, rebaja su importancia y su trascendencia, convirtiéndolas en modelos de identidad cristiana definida ahora sí por género. Su significatividad histórica es recordada para construir la identidad femenina en el presente de la comunidad del evangelista que vive una situación cultural concreta.

El tercer capítulo, *Lidia de Tiatira, paradigma de fe y hospitalidad*, escrito por Carme Soto, presenta la figura de Lidia, situada en la obra lucana y a la luz de dos claves culturales fundamentales en

aquel contexto como eran el honor y el patronazgo. La autora muestra cómo Lucas recuerda esta figura, que puede estar trayendo a la luz alguna discípula histórica de los primeros momentos, como figura paradigmática y prototípica del discipulado de las mujeres de su comunidad. Lidia es utilizada para mostrar a las mujeres cómo ser seguidoras de Jesús. De nuevo se puede encontrar una reducción en la forma de hacer memoria de los orígenes.

El cuarto y el quinto capítulos están dedicados al evangelio de Juan. En el cuarto capítulo, *Un gesto de mujer como inspiración del lavatorio de los pies*, su autora Mery Rodríguez, analiza cómo el relato del gesto del lavatorio de los pies está redactado en paralelo con el gesto de María de Betania y cómo ha sido la cualidad de entrega total por amor que implicaba el gesto de lavar los pies en el universo femenino el que ha guiado el gesto contracultural de Jesús. El análisis de esa transformación es parte de su trabajo. Vemos aquí que, al contrario de Lucas, una mujer es puesta como modelo para toda la comunidad –Jesús ha tomado ejemplo el primero– de lo más nuclear en la identidad cristiana.

El quinto y último capítulo, *El desafío de una misionera: la mujer samaritana (Jn 4,1-42)*, que escribe Estela Aldave, nos presenta el análisis de la perícopa de la Samaritana, mediante el modelo de la identidad y los prototipos, así como a través del estudio de las tradiciones del Antiguo Testamento, tan omnipresentes en Juan, para dejar patente la presentación contracultural que hace Juan de esta mujer como modelo de fe y misionera para la comunidad, y cómo esa presentación parece haber constituido un desafío a los valores establecidos.

Son cinco capítulos que nos van a posibilitar hacer un recorrido por aquellos momentos iniciales del cristianismo, tan importantes para los cristianos de todos los tiempos, para sus vidas, sus problemas y los retos que deben afrontar. Nos van a poner frente a su forma de hacer memoria, de recobrar los momentos iniciales para encontrar en ellos, además del anuncio de la buena noticia, los

rasgos fundamentales del ser discípulos, las claves identitarias –valores, actitudes, normas...– de la comunidad cristiana. Nos van a hacer conscientes del valor prototípico y ejemplar de ciertos personajes que, en los relatos evangélicos, son presentados como modelos positivos o negativos de lo que debe hacer o de cómo debe comportarse un discípulo de Jesús. Estos trabajos nos hacen conscientes de que existe la posibilidad de presentar esos modelos de forma que pierdan su capacidad de modelos para toda la comunidad, o de utilizarlos –puesto que los personajes de los orígenes son decisivos para la identidad personal y grupal– para inculcar ciertos comportamientos que son considerados necesarios o deseables en ciertos momentos.

Este libro abre todo un campo de sugerencias que quien lo lea puede seguir profundizando si le interesa, siempre en contacto con los textos evangélicos, que son el punto de partida de todo estudio, la plasmación escrita de esa memoria histórica calificada de Buena Noticia, cuya pretensión y finalidad liberadora es una nota característica que ha llegado hasta hoy, tanto en los textos mismos («se ha escrito esto para que creáis... y creyendo tengáis vida en abundancia», Jn 20,30) como en la tradición oral y viva de la comunidad eclesial.

Carmen Bernabé Ubieta
Bilbao, septiembre de 2010